

Palabras clave

*Identidad
Maternidad
Reconocimiento
Roles de género
Subjetividad*

Keywords

*Identity
Maternity
Acknowledgment
Gender Roles
Subjectivity*

Maternidades encadenadas:

Subjetividad, identidad y reconocimiento

Resumen

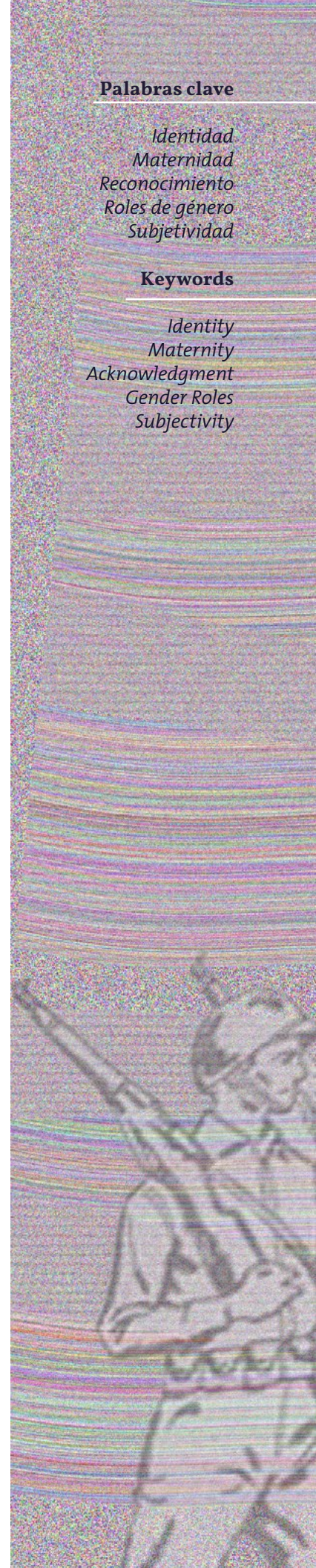
El propósito del texto es presentar una lectura del concepto de maternidad que manifieste las cadenas que la identifican con un sinfín de roles de género falsamente naturales. Con base en el trabajo de otras mujeres, donde se recogen testimonios que relatan diferentes experiencias alrededor de la maternidad para mostrar que esta forma de comprender el concepto conduce a que la experiencia de la maternidad se viva en el reconocimiento y la aceptación de dichos roles de género, aun si ellos sitúan a las madres en una situación de opresión.

Abstract

The purpose of this text is to present a reading of the concept of motherhood that reveals the chains that identify it with a myriad of falsely natural gender roles. Based on the work of other women who compiled testimonies narrating different experiences around motherhood, to show that the understanding of this concept allows for motherhood to be lived within the acknowledgement and acceptance of said gender roles, even if they place mothers in a situation of oppression.

Cómo citar este artículo:

MLA: Guerra, C. "Maternidades encadenadas. Subjetividad, identidad y reconocimiento." *Saga: Revista de estudiantes de filosofía* 39 (2021): pp. 44-53.
APA: Guerra, C. (2021). *Maternidades encadenadas. Subjetividad, identidad y reconocimiento*. *Saga: Revista de estudiantes de filosofía*, 39, pp. 44-53.
CHICAGO: Carol Guerra. "Maternidades encadenadas. Subjetividad, identidad y reconocimiento". *Saga: Revista de estudiantes de filosofía* 39 (2021): pp. 44-53.





Sin título. Elizabeth González Tascón.

1. Introducción

Llevo tiempo preguntándome si la maternidad consiste en un rol, una tarea, una experiencia, una condición natural, un concepto o una condena. Me he preguntado si son justas todas las exigencias y reclamos que hacemos a las madres, a nuestras madres. También me he preguntado qué tan importante es para las mujeres ser madres en la construcción de su identidad y cómo ella depende de la construcción misma de la femineidad. Lo cierto es que la categoría de *género* toma un lugar importantísimo en la construcción de nuestra propia identidad y en la forma en que reconocemos a los otros. La dependencia entre las categorías de sexo y género no ha dejado de formar parte de la comprensión cotidiana de nuestro entorno social y uno de los roles que con más fuerza hemos asignado al género femenino es el de *la maternidad*.

El propósito de este texto es presentar una lectura de la maternidad que, tal y como se ha construido, implica un alto grado de sacrificio en la identidad y reconocimiento que las mujeres tienen sobre sí mismas. Sostengo que los roles de género se incorporan en el desarrollo de nuestra subjetividad y reconocimiento, y fuerzan a las madres a ajustarse a ellos y a sus exigencias, aun si una parte de sí mismas se pierde en el proceso.

El texto se dividirá en tres secciones. En un primer momento, explicaré cómo el sistema sexo/género justifica y reproduce una idea ficticia que encadena a las mujeres a los roles asignados a la femineidad, específicamente a la maternidad. En un segundo momento, sostendré que la maternidad es un concepto que constituye a la vez un rol y un ideal: como rol, adquiere un carácter performativo en la conformación de la identidad de las madres, una identidad fijada por ojos ajenos que perpetúa los roles de género y sus problemas; como ideal, refuerza un imaginario construido alrededor de la femineidad que les dificulta a las mujeres sentirse satisfechas consigo mismas, además de consolidar una imagen de amor y sacrificio que, en medio de la entrega al rol, tiende a conducir las al abandono de sí mismas. Para terminar, presentaré, con ayuda de algunos testimonios, las dificultades que han tenido algunas mujeres para vincular la maternidad con su proyecto de vida, y algunos otros testimonios que muestran el lugar del feminismo en la transformación de las significaciones alrededor de este concepto y de la experiencia de *ser madres*.

2. Sexo, género y maternidad

Ya escribía Simone de Beauvoir en 1949: “[n]o se nace mujer, se llega a serlo” (2010 6), para explicar que no hay ninguna determinación en la naturaleza originaria de nuestros cuerpos femeninos (si es que podemos hablar de naturaleza originaria) que ajuste las cadenas de hierro con las que hemos sido atadas a los roles de nuestro género; a las labores domésticas, blandas, emocionales, de cuidado, etc. Hemos aprendido a ser mujeres y casi todo lo que hemos aprendido sobre el deber ser de las mujeres ha sido un imperativo identitario del poder masculino que nos construye por oposición o negación (cf. Beauvoir 2011 6-22).

Joan Scott presenta las primeras apariciones del uso reciente de la palabra género en los discursos feministas estadounidenses, como un rechazo a la determinación biológica que impone la categoría de *sexo* o *diferencia sexual* (cf. Scott 1996 266). La separación entre las categorías de sexo y género pretende revelar aspectos culturales que se han naturalizado al punto de volverse imperativos para determinados cuerpos sexuados:

Género parece haberse convertido en una palabra particularmente útil a medida que los estudios sobre el sexo y la sexualidad han proliferado, porque ofrece un modo de diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a mujeres y hombres. (id. 271)

La categoría de género, para Scott, es fundamental en los estudios históricos por ser un campo primario dentro del cual se desarrollan las relaciones de poder. Pierre Bourdieu afirma que la división del mundo, como producto de una forma trasfigurada de la división sexual del trabajo, es la mejor fundada de las ilusiones colectivas:

Fundada en las diferencias biológicas, especialmente aquellas que refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción; ella [la división del mundo] está también fundada en las diferencias económicas, especialmente en esas que sostienen la oposición entre el tiempo de trabajo y el tiempo de producción, que están en el fundamento de la división del trabajo entre los sexos. (1980 246-247)¹

La realidad del orden social se realiza en los cuerpos bajo una apariencia objetiva que esconde una serie de

¹ Las traducciones son más o menos que se indique lo contrario en la bibliografía.

juicios clasificatorios. Es esto lo que está tras la afirmación de la supuesta inclinación natural de las mujeres para asumir labores determinadas. Así, la maternidad pasa de comprenderse como una propiedad reproductiva de las hembras a atribuir a las mujeres disposiciones que conducen a una *necesaria identificación natural*, cuyo único fundamento es la ya mencionada ilusión colectiva.

En esta línea de pensamiento, las mujeres naturalmente desean ser madres, incluso poseen *instintos* que aseguran el cuidado de sus hijos. Los supuestos instintos se posicionan en la cultura y estructuran un sistema de opresión alrededor de la maternidad, en el cual las tareas de las mujeres están totalmente determinadas; se encuentran atadas con cadenas de hierro. La división del trabajo, sostenida por los mismos roles de género, encarcela la maternidad en el espacio doméstico y configura, a través de la superposición de una identidad, un supuesto *ser* de las madres. La maternidad y la feminidad se han desarrollado, tradicional e históricamente, en una esfera carente de reconocimiento público, que limita el desarrollo de una identidad que se sitúe por fuera de estos parámetros. Las mujeres debemos siempre regresar a nuestro hogar, cuidar de nuestros hijos y amar a nuestra familia. A las niñas aún se les enseña a ocuparse del hogar y las jóvenes somos presionadas para que deseemos formar una familia.

Fausto cuestiona dichos planteamientos: cuando considera —junto con las feministas de la segunda ola— que las categorías de género son vacías: “estas feministas sostenían que, aunque los cuerpos masculinos y femeninos cumplen funciones reproductivas distintas, pocas diferencias más vienen dadas por la biología y no por las vicisitudes de la vida” (2006 18). Cuestiona también la existencia perfectamente delimitada de características biológicas y afirma que muchas de las características que la biología considera sexuadas traen consigo demasiadas imbricaciones de género (cf. *id.* 19). Estas construcciones socioculturales legitiman y mantienen el poder y la dominación sobre las mujeres. Son reafirmadas y normativizadas por las relaciones de poder, todas ellas hechas por hombres y para hombres. La maternidad y la feminidad no las produce nuestra naturaleza, las produce la cultura y el poder.

Pascal Molinier presenta esta perspectiva naturalizada de las mujeres en el ámbito privado y la afirmación de nuestra supuesta tendencia a preocuparnos por el *cuidado*, como una manera de despolitizar, mediante el afecto, una cuestión que debe ser politizada (cf. 2011 49). La relevancia que adquiere la cuestión del cuidado para la maternidad consiste en la dependencia que la familia tiene de la madre, pero sobre todo la dependencia que

esta nueva criatura tiene de su madre: “el cuidado se define como el conjunto de actividades que responden a las exigencias que caracterizan las relaciones de dependencia” (*ibid.*). Así, el trabajo de cuidado, en palabras muy generales, consiste en las actividades que se dirigen a garantizar y perpetuar la vida. Este, según Luz Gabriela Arango, puede dividirse de acuerdo con diversos factores: uno de ellos es el tipo de relaciones sociales en las que se enmarca —si se realiza en el hogar, o si se realiza en instituciones públicas—; otro factor depende de si se realiza como producto de relaciones de dependencia o dominación de clase, raza, etnia, edad o parentesco; y otro factor, a su vez, depende de si es producto de un acuerdo laboral directo entre el cliente y el cuidador, o si un intermediario asegura o regula las condiciones de dicho contrato (cf. 2011 94). El trabajo de cuidado, según Arango, ha sido invisibilizado a causa de su naturalización en el rol femenino y, por tanto, no se ha tenido en cuenta en el discurso:

El silencio conceptual de la teoría económica, la sociología del trabajo y las estadísticas oficiales en torno al trabajo doméstico significa el ocultamiento y la negación de todo valor social (económico y moral) a las horas de trabajo, al desgaste físico y mental, a las oportunidades perdidas para la educación y la promoción profesional de numerosas mujeres. [...] En el ámbito doméstico tiende a confundirse con los deberes, considerados evidentes, de las esposas y madres o, en el mejor de los casos, con la expresión del amor maternal o conyugal. (*id.* 96).

3. La transfiguración de la identidad y el reconocimiento en la maternidad

Las preguntas por quiénes somos y cómo llegamos a ser lo que somos han tomado un lugar importante tanto en nuestra cotidianidad como en la filosofía.

De acuerdo con Charles Taylor, Johan Gottfried Herder consiguió articular un aspecto que ya aparecía en la cultura con



la idea de que cada persona tiene un modo particular de ser consigo misma y cada comunidad también tiene un modo de ser para sí misma: un modo de ser auténtico, original, distinguible de cualquier otro. Esta originalidad no puede sino producirse dentro de mí, como un tipo de generación interna que me permite saber quién soy o llegar a ser quien soy (cf. 2009 61-62). Taylor, en contraste, no considera que los procesos de identidad y reconocimiento tengan lugar en esta génesis interna. La génesis de la mente humana no es monológica, sino dialógica: “[l]as personas, por sí mismas, no adquieren los lenguajes necesarios para su autodefinición. Antes bien, entramos en contacto con ellos por la interacción con otros que son importantes para nosotros” (id. 63).

En este mismo sentido, la formación de la identidad es también de carácter dialógico. Todo aquello que conforma mi identidad, incluso si soy yo quien lo descubre y lo reproduce, depende no solo de mi relación con otros, sino también del *reconocimiento* del otro. Así, lo que nosotros sabemos de nosotros mismos refleja parte de la mirada que poseen los demás sobre nosotros:

Dentro de esta perspectiva, el falso reconocimiento no sólo muestra una falta del respeto debido. Puede infligir una herida dolorosa, que causa a sus víctimas un mutilador odio a sí mismas. El reconocimiento debido no sólo es una cortesía que debemos a los demás: es una necesidad humana vital. (Taylor 2009 54)

Utilizo la caracterización de Taylor acerca de los nexos entre identidad y reconocimiento, para recordar que la imagen que las mujeres hemos construido de nosotras mismas es producto inevitable de los significados socioculturales que ha adquirido el *ser mujer*. La tarea de dotar con nuevos significados el *ser mujeres* y el *ser madres* no es individual; requiere reconocer los productos

históricos que han estructurado la construcción de esta identidad, e identificar las presiones y opresiones que se han situado

en los cuerpos femeninos a este respecto. Si admitimos el desarrollo anterior, entenderemos cómo la influencia de poderes que se ejercen socialmente conduce al desarrollo de la imposición de una identidad sobre los cuerpos femeninos que, como si se tratara de una determinación natural, los vincula con la maternidad.² Estos poderes sostienen que toda mujer mentalmente sana desea ser madre, está capacitada para tener y criar hijos, se conmueve al ver en otras aquel deseo y realiza su feminidad al ver cumplida la profecía.

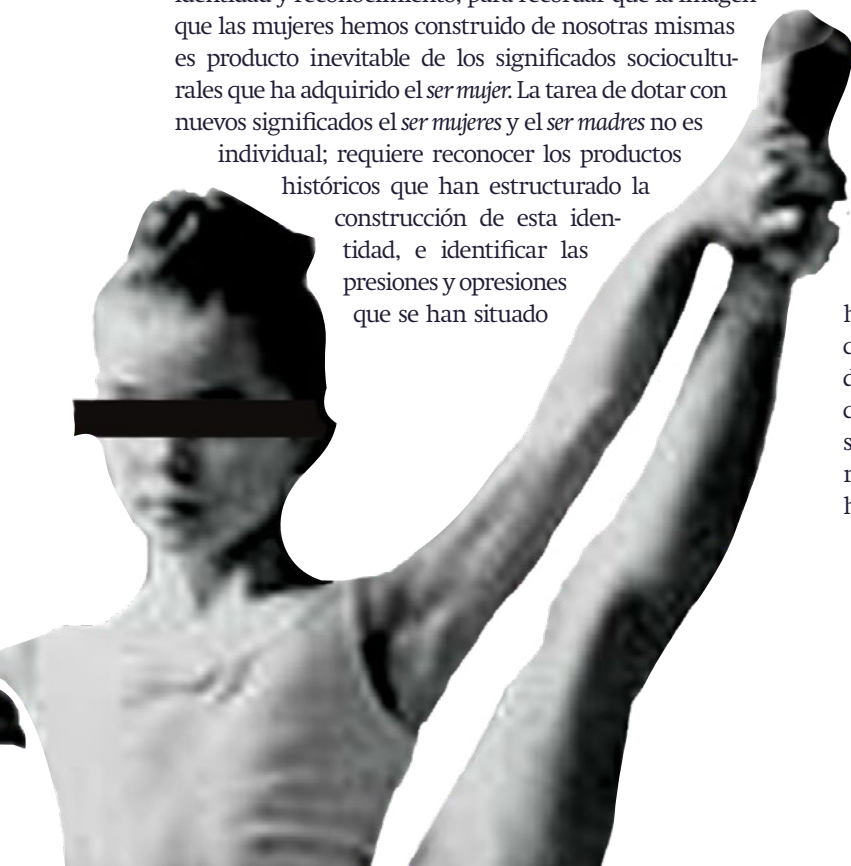
Bourdieu se sirve de un concepto que aquí es muy útil para explicar lo que está de fondo en la conformación de esta identidad, el *habitus*, como se ve en las siguientes citas:

El «inconsciente» que permite hacer la economía de esta puesta en relación no es nunca más que el olvido de la historia que la historia misma produce al realizarse en las estructuras objetivas que ella engendra en estas casi-naturalezas que son los habitus. Historia incorporada, hecha naturaleza, y por ello olvidada en cuanto tal, el habitus es la presencia actuante de todo el pasado del que es el producto. (Bourdieu 1980 94, énfasis agregados)

Producto de la historia, el habitus produce prácticas, individuales y colectivas, conformes a los esquemas engendrados por la historia; asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, depositadas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, pensamiento y acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia en el tiempo. Un pasado que sobrevive en lo actual y que tiende a perpetuarse. (id. 91)

Por supuesto que el *habitus* no constituye necesariamente una forma de opresión. Bourdieu explica con este concepto el movimiento dinámico de las estructuras que se incorporan en los sujetos. El sujeto se produce en la interacción social, no desde su fuero interno, ni desde la determinación natural. La historia, las costumbres, las tradiciones, las construcciones sociales y culturales se realizan en una forma de ser, percibir, creer y actuar para cada uno. Para el caso de la maternidad, la manifestación del *habitus* se sostiene en una idea falsa y patriarcal acerca de la naturaleza femenina. Entre tanto, el olvido de la mujer en la historia se realiza también. La maternidad se hace natu-

² Soy consciente de que la maternidad es apenas uno de los roles y trabajos con los que se ha asociado la construcción de esta identidad determinista y hasta esencialista; sin embargo, es el único al que me referiré en este texto.



raleza y destino, no solo en la comprensión colectiva de lo que significa ser mujeres, sino también en el dilema interno de los ideales de realización femeninos que son producto de la imagen que la historia y la cultura han impreso sobre nosotras mismas.

Hay un carácter abismalmente performativo en la palabra *madre*. Desde antes del nacimiento de su hijo, la vida de las mujeres se transforma cuando cumplen la profecía y se identifican plenamente como madres, desde la pérdida de su tiempo y espacio personales, hasta la invasión de su propia subjetividad; la mujer que se reconoce como madre ya no puede ser la mujer que era antes. El ejercicio de la maternidad, en conjunto con la imbricación de roles de género y las significaciones sociales que giran en torno a ella, confieren a esta nueva madre una identidad de la que ella se apropia con aparente facilidad. Solo basta con dar a luz para sentirse responsable por la educación y el trabajo de cuidado de su familia, sin importar lo que esto implique en la construcción de sí misma. Ser “buena madre” implica dejar de ser quien se era, y, en esta muestra de amor, la mujer espera encontrar su realización.

El amor maternal se pierde a menudo en reprimendas y cóleras dictadas por la preocupación de un hogar bien puesto. No es sorprendente que la mujer que se debate entre esas contradicciones pase con mucha frecuencia sus jornadas en el nerviosismo y la acritud; ella siempre pierde de algún modo y sus ganancias son precarias, no se inscriben en ningún éxito seguro. (Beauvoir 2010 276)

Amar y cuidar a sus hijos son obligaciones de toda madre. Imaginemos a Susana. Ella es una mujer colombiana de unos 30 años. Si Susana queda embarazada, ella *ya es madre*, y ser madre para ella no es una característica adicional que se suma a su identidad, como lo que sea que ella sea, sino que se convierte en el punto máximo de aquello a lo que ella puede aspirar a ser. Aun así, Susana nunca será una madre perfecta, los estándares de la maternidad están mitificados por figuras idealizadas. Las madres están constantemente preguntándose si ejercen bien o no su papel. Los errores de sus hijos se convierten en sus errores; las madres son culpables cuando sus hijos no son aquello que se esperaba, y todo el peso de su trabajo carece de reconocimiento y de garantías.

La maternidad se convirtió en la experiencia femenina ineludible, valorada entre todas: dar la vida es fantástico. La propaganda ‘pro-maternidad’ raramente fue tan

llamativa. Una gastada, método contemporáneo y sistemático del doble apremio: «Tengan hijos, es fantástico, se sentirán más mujer y más cumplidas que nunca», pero ténganlos en una sociedad en hundimiento, donde el trabajo asalariado es una condición de supervivencia social, pero no está garantizado para nadie, y menos para las mujeres. (Despentes 2012 11)

Susana no es infeliz por ser madre, pero sabe que es la única responsable por la vida de su hijo, y sabe que su vida debe transformarse en función de él, aunque no lo quiera: “[u]n tipo de apego, el amor, es «bueno» porque está totalmente desencarnado, [es] espiritual. El amor de madre y el amor del niño por la madre representan la perfección del amor” (Young 2005 97). El amor de madre, el más puro, desprovisto de toda relación con la carne, en conjunto con las supuestas inclinaciones naturales de las mujeres para desempeñar las labores de cuidado y todas las presiones que configuran el entorno social de las madres para cumplir con sus obligaciones morales, conforman la triada de identificación y opresión que refuerza las cadenas que unen a las madres con un trabajo de cuidado pobremente reconocido.

En los términos de la maternidad, el afecto adquiere un lugar notoriamente transformador, porque el cuidado, sin importar cuánto sacrificio implique, debe ser una actividad placentera, pura, que no espera nada a cambio y no se inmuta por los afectos carnales, como el sufrimiento. El sacrificio es la muestra de ese amor puro. La madre que no se sacrifica, que no se ubica a sí misma y a sus aspiraciones en el último lugar de la jerarquía de prioridades de la familia, es la “mala madre”. Es aquí donde se vuelve necesario romper las cadenas de hierro con las que vinculamos la maternidad y la feminidad con la identificación de un sujeto que tiene su propia historia antes, durante y después de sus labores de cuidado.

4. Dificultades y alternativas

a. Dificultades

Hasta ahora he presentado la maternidad como un rol de género que, a pesar de las muy desarrolladas críticas dirigidas al sistema que sostiene las dependencias entre sexo y género, aun forma parte del *deber ser* de las mujeres; es un destino biológico, un ideal de realización, una forma muy destructiva de amor. Para las mujeres, ser madres significa sacrificio. A pesar de las grandes luchas y alcances del feminismo

por conseguir mejores garantías para que las mujeres puedan seguir siendo ellas mismas (quienes sea que quieran ser) después de tener a sus hijos, la maternidad todavía es un limitante para que las mujeres puedan desarrollar a plenitud un proyecto de vida.

Andrea Carolina Bernal recoge, en su tesis de maestría, las historias de vida y las experiencias con la maternidad de cuatro mujeres colombianas entre los 36 y los 48 años que fueron madres jóvenes:

Fue muy duro. Pero igual no dejaba de pensar en que me tenía que retirar de la universidad, yo no me quería salir porque quería estudiar, sin embargo, pues me tocó, porque ya era una obligación más dura, más pesada y era un hijo; pues yo decía llegar a las 10 de la noche a mi casa de una universidad con un bebe recién nacido, pues no me veía ahí, para el estudio... me retiré. (2018 79)³

No te imaginas lo complicado que puede ser trabajar, estudiar y ver a tu hija. O sea, yo hice todo eso, pero fue una experiencia [...] muy dura, es muy duro porque además terminas sacrificando algún aspecto de tu vida que generalmente es... pues el bebé, porque es al que menos tiempo le dedicas. Si no, es un proyecto de vida... hay (sic.) veces que no sé ¿cómo lo pudimos hacer?, o sea no entiendo, cómo ella ya está tan grande y cómo... cómo... cómo estamos hoy en esta situación. (id. 86)⁴

No desconozco que las experiencias de la maternidad son diversas. Todo el entorno social que se configura alrededor de las madres confluye en experiencias distintas, algunas veces más placenteras que otras, con más o menos oportunidades. No es mi intención crear una figura de victimización sobre las madres. Lo que me parece importante resaltar es que la maternidad sigue siendo más una obligación que una decisión para una gran mayoría de mujeres madres. Representa un sacrificio no solo para el proyecto de vida, sino también para la forma de concebirse a sí mismas. Las idealizaciones del afecto que se construyen alrededor de la maternidad refuerzan la idea del sacrificio como una condición deseable y placentera.

Ahora bien, en el contexto actual la maternidad se percibe como una condición cada vez menos deseable. Sin embargo, aun cuando es mucho más comprensible que antes la auténtica posibilidad de no desear ser madres, el discurso está muy lejos de aceptar y respetar esta decisión como una decisión autónoma,

sin pensar que se toma por egoísmo, cobardía, incapacidad, inmadurez o como una decisión propia de mujeres incompletas. Yanina Ávila recoge el testimonio de mujeres mexicanas, de la clase media ilustrada, nacidas en la década de los 50, que decidieron voluntariamente no tener hijas o hijos:

Hay una fuerte presión todo el tiempo y de muchas formas. [...] Por ejemplo, los comentarios lastimosos de «¡estás solita!, ¡pobrecita, no tiene hijos!» Todos los fantasmas del miedo, de que «te vas a quedar sola» [...] De todos lados te llegan discursos e imágenes, el cine, la tele, ni se digan las telenovelas. Todo el discurso está una y otra vez reiterando y machacando la idea del amor heterosexual y la completud (sic.) femenina maternal [...] También se me ha acusado de cobardía, de falta de responsabilidad, de no querer asumir una vida completa, madura, organizada. (2005 120)⁵

Las dificultades para hacer del aborto una garantía legal y segura son la prueba de una maternidad que aún se comprende como obligación y un destino, en lugar de ser una decisión informada en favor del proyecto de vida de las madres. Beauvoir señala la necesidad del aborto legal como una condición necesaria para que las mujeres puedan asumir su maternidad con libertad y de una forma muy distinta a la que nos conduce la obligación y la opresión (cf. 2010 242). Sin embargo, aunque es un progreso necesario, no basta con el derecho a elegir:

El concepto de elección no es muy afortunado, ya que tiene la desventaja de ser problemático en tanto que nos remite a la idea del sujeto cartesiano, a la idea del agente intelectual, libre y centrado. Es un concepto que no da cuenta de la ambigüedad, de lo contradictorio, de lo inestable y de lo procesual que es en sí mismo el sujeto. Tampoco da cuenta de las relaciones de poder que coaccionan y limitan el campo de "elecciones" posibles. (Ávila 2005 111)

No ser madres tiene que poder ser una elección respetada. Las mujeres que deciden no ser madres no son menos mujeres, ni menos ellas mismas, ni están menos completas. La otra cara de la elección no puede ser convertirse en madres miserables, infelices y sacrificadas, que intentan alcanzar un ideal de realización inalcanzable. Si queremos garantizar que la elección de ser madres no sea la elección de una condena,

³ Testimonio de Luz.

⁴ Testimonio de Luna.

⁵ Testimonio de Araceli.

entonces debemos desmontar el concepto idealizado y sacrificado que hemos montado de la maternidad:

Porque el ideal de la mujer blanca, atractiva pero no puta, bien casada pero no relegada, que trabaja pero sin ser muy exitosa, para no humillar a su hombre, flaca pero no neurótica con la comida, que sigue indefinidamente joven sin que la desfiguren los cirujanos estéticos, que se siente plena con ser mamá pero no es acaparada por los pañales y los deberes de la escuela, buena ama de casa pero no sirvienta tradicional, culta pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen siempre frente a los ojos, que deberíamos esmerarnos para parecernos a ella, más allá de que parece aburrirse mucho por poca cosa, de todas formas nunca me la crucé, en ningún lugar. Creo que no existe. (Despentes 2012 7)

Para que la maternidad pueda ser una auténtica elección es necesario desmitificarla, aterrizarla, desencadenarla de las determinaciones de género, de las tareas relegadas a la división sexual del trabajo, del ideal corrupto del amor puro. No significa que las madres deban dejar de amar a sus hijos, pero sí que la construcción de ese concepto de amor debe olvidarse de las obligaciones naturales, y debe dejar de constituir la justificación de la opresión para las mujeres que son madres, quienes tienen una historia y un nombre, antes y después de llegar a serlo. El amor debe dejar de justificar cualquier fuente de opresión y sacrificio. De lo contrario, el amor es una condición indeseable.

La maternidad debe construirse de nuevo sobre una actualidad en la que las mujeres están inmersas, y comenzar a buscar soluciones para las problemáticas que ha originado un modelo social que no se corresponde con los deseos de la propia mujer. No es un cajón desastre en el que cabe todo, tampoco nos sirven las alternativas que reducen el ser madre a una serie de cambios fisiológicos en la mujer [...] El siglo XXI no tiene, en este preciso momento, las respuestas para las mujeres respecto a la maternidad, pero habrá que ir buscándolas. (Alcalá 2015 79)

Las maternidades pueden ser distintas, pueden ser significativas y placenteras. Pueden ser parte de la identidad de las mujeres sin abarcarlas hasta destruirlas, pueden ser reconocidas y valoradas. Sin embargo, nada de eso está garantizado y no lo estará mientras las significaciones que he expuesto hasta ahora sigan operando.

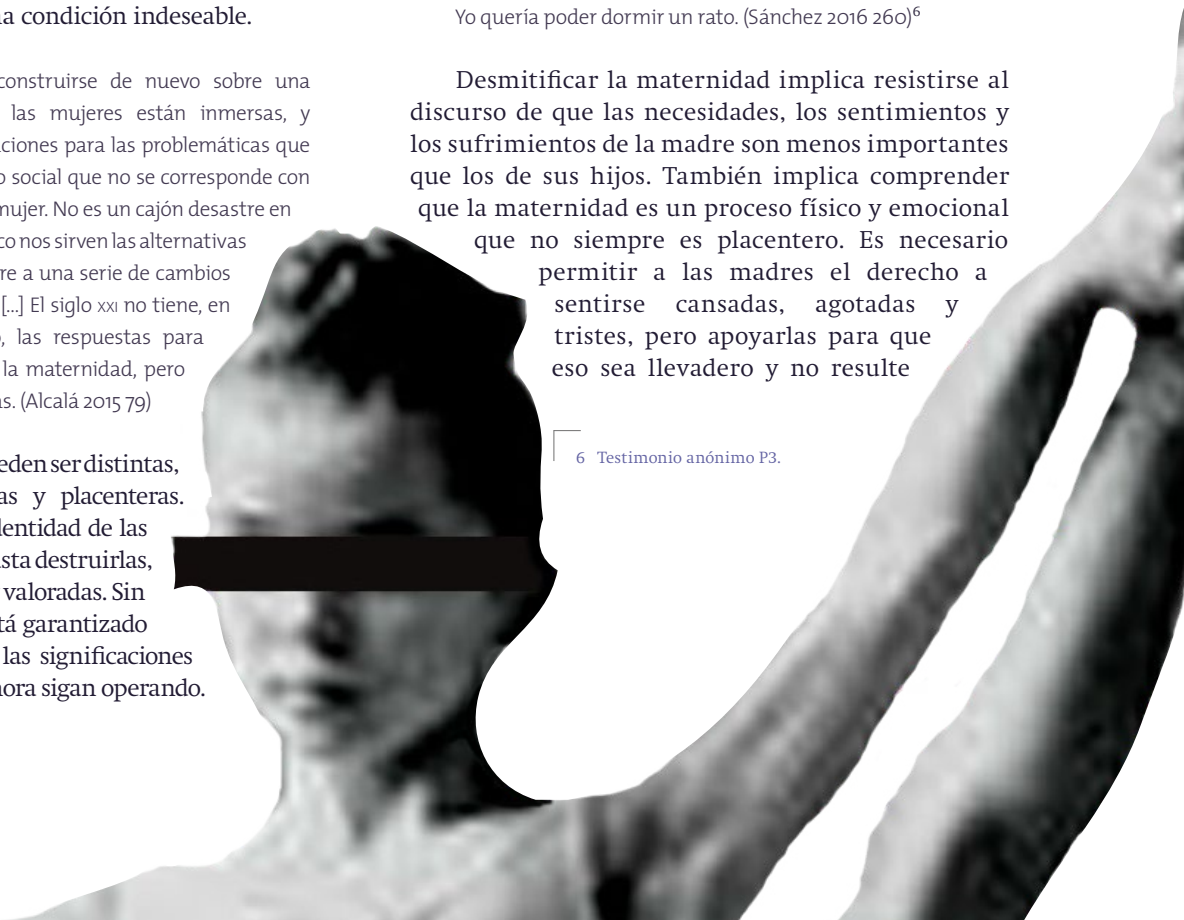
b. Una alternativa: madres feministas

Natalie Sánchez Benítez recoge relatos de experiencias de la maternidad de mujeres colombianas, adultas y feministas, todas ellas con estudios de posgrado y pertenecientes a la organización Casa de la Mujer. Estructura a partir de sus testimonios un análisis de la reconfiguración subjetiva de las mujeres cuando son madres. Concluye que el feminismo permite a las madres pensarse su maternidad por fuera de los roles y los estereotipos patriarcales, permite dar un nuevo lugar a su relación con sus hijos, y desechar los ideales de la *buena madre* que se consolidan en los distintos entornos sociales para hacer sentir culpables a las madres, desde el momento cero, por anteponer sus deseos y necesidades a las de sus hijos:

Cuando mi hija nació tuve un parto muy complicado, de casi catorce horas porque ella venía de nalgas y los médicos no hicieron la cesárea en el momento adecuado. ¡Eso fue extenuante! Cuando la muchachita nació, me dijeron las enfermeras: «¡Mírela, tan linda!», y yo decía: «¡Ay!, si quiera nació», y yo las oía decir: «¡Humm!, la única mujer que no pregunta si nació perfecta». Y yo lo que quería era descansar, estaba agotada, agotada. Y claro ahí se activó todo el dispositivo. Yo, era una mujer joven que acababa de tener su primera hija, y no preguntaba si las manitas le salieron perfectas, que si los piecitos. Yo lo único que quería era que no llorara, porque estaba llorando mucho. Yo quería poder dormir un rato. (Sánchez 2016 260)⁶

Desmitificar la maternidad implica resistirse al discurso de que las necesidades, los sentimientos y los sufrimientos de la madre son menos importantes que los de sus hijos. También implica comprender que la maternidad es un proceso físico y emocional que no siempre es placentero. Es necesario permitir a las madres el derecho a sentirse cansadas, agotadas y tristes, pero apoyarlas para que eso sea llevadero y no resulte

⁶ Testimonio anónimo P3.



en una condena que las atrape el resto de sus vidas: “[l]a lactancia es muy buena pero ese primer año es muy duro [...]. [A] mí había días que me provocaba ponerle la almohada y decirle: «¡Ay ya, no chille tanto!». [Risas]” (Sánchez 2016 260).⁷

Ser madres y ser feministas ha ayudado a estas mujeres a poder darle un giro a los significados de la maternidad, darse a sí mismas el derecho al llanto, y no la condena de la culpa, y permitir entablar otro tipo de configuraciones relacionales y estrategias de crianza que les sean más llevaderos. Una estrategia, según Sánchez, ha sido reconocerse a sí mismas como “malas madres” para desechar de lleno los ideales de la maternidad, para permitirse fallar, aprender y así, construir una maternidad en la que reivindiquen su propia autonomía.

Porque es pelearse uno como madre su propio proyecto de vida, sus propios espacios y eso lo aprende uno con el feminismo. En una educación tradicional no, las madres estamos diseñadas para ser buenas madres, no ser malitas, y como aprendimos del feminismo, a veces hay que ser también un poco malas; malas en el sentido no literal del término, sino malas de poner también nuestros propios deseos, también somos seres humanos que tenemos nuestros propios proyectos de vida que no se agotan en la maternidad, la maternidad es parte del proyecto de vida. (Sánchez 2016 265)⁸

He sostenido que la maternidad, tal como está construida, es producto de una desafortunada naturalización artificial que se ha impuesto sobre los cuerpos femeninos. Ha creado un imaginario acerca de la naturaleza femenina que ha resultado en una determinación normativa. Nos ha forzado a identificarnos y reconocernos en diversos roles de género que limitan la posibilidad de vivir una maternidad libre, donde las madres no estén sujetas a la imagen destructiva que vincula la femineidad con el cuidado, el cuidado con el amor, y el amor con el sacrificio. Por lo tanto, se hace necesario poder elegir tanto no ser madres, como poder llevar una maternidad satisfactoria: ser madres y ser feministas ha ayudado a algunas mujeres a liberar parte de las cargas y presiones sociales; aunque implique asumir algún grado de señalamiento y de rechazo. Sin embargo, el acceso a las oportunidades todavía no está garantizado. Ser madre, en nuestro contexto, todavía es

un limitante para desarrollar el proyecto de vida personal; esa es una deuda que no podemos olvidar. Por ello, la maternidad debe rehacerse con nuevas significaciones; debe dejar de significar sacrificio y olvido; solo así podrá ser una auténtica decisión y no un inevitable destino.

Bibliografía

Alcalá García, I. “Feminismos y maternidades en el siglo XXI”. *Dilemata* 18.1 (2015): 63–81.

Ávila González, Y. “Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres”. *Desacatos* 17.1 (2005):107–126.

Bernal Vargas, A. C. “Cuando no es como debería ser: Significados de la maternidad en las experiencias de mujeres adultas que fueron madres jóvenes”. Tesis de maestría. Escuela de Estudios de Género: Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2018.

Beauvoir, S. *Le Deuxième sexe - Tome 2*. Paris: Éditions Gallimard. 2010.

Beauvoir, S. *Le Deuxième sexe - Tome 1*. Paris: Éditions Gallimard. 2011.

Bourdieu, P. *Le Sens pratique*. Paris: Les Éditions De Minuit, 1980.

Despentes, V. *Teoría King Kong*. Trad. Marlene Bondil. Buenos Aires: El Asunto, 2012.

Fausto-Sterling, A. “Duelo a los dualismos”. *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Trad. Ambrosio García Leal. Barcelona: Melusina, 2006. 15-46.

Molinier P. y Arango Gaviria, L. *El trabajo y la ética del cuidado*. Bogotá: La Carreta, Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Sánchez Benítez, N. “La experiencia de la maternidad en mujeres feministas”. *Nómadas* 44.1 (2016): 255-267.

Scott, J. W. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. Trad. Eugenio y Marta Portela. Comp. Marta Lamas. México: PUEG, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. 265-302.

Taylor, C. “La política del reconocimiento”. *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*. Trad. Mónica Utrilla de Neira, Liliana Andrade Llanas y Gerard Vilar Roca. Ciudad de México: Colección popular, Fondo de Cultura Económica, 2009. 53-116.

Young, I. M. “Breasted experience: The look and the feeling”. *On female body experience. “Throwing like a girl” and Other Essays*. New York: Oxford University Press, 2005. 75-96.

⁷ Testimonio anónimo P3.

⁸ Testimonio anónimo P2.

